

da por éste la noche de bodas. *La noche del insumiso* sobre el fenómeno de la insumisión al servicio militar que se dio en la sociedad navarra. *Crónica olvidada del año 21*, rememoración de un tiempo representado en un retablo de personajes e historias, mínimas las más y algunas trágicas que trenzan el hilo narrativo cuyo epicentro se sitúa en un pueblo innominado de Navarra. *Las confesiones de Azaña*, que recupera la peripecia vital de quien fue Presidente de la II República Española durante el último año de su vida hasta que enferma, agoniza y muere, reviviendo al personaje que después de muchos años a nadie deja indiferente.

Actualmente llevo año y medio preparando un libro que se titulará *Sueños y sombras. Treinta historias navarras antiguas y contemporáneas* que van desde el siglo XVI al XX. Es una obra que recoge personajes y situaciones muy diversas, mezclando a veces la realidad histórica con la ficción, donde probablemente el lector podrá acercarse a nuestros antepasados lejanos y próximos con más cercanía que la que posibilitan algunos libros de Historia. Finalmente, he publicado más de 400 artículos de opinión en *Diario de Navarra*, en "La ventana" y en cartas al Director.



68



**Blasco Miquel,  
Alejandro**

*(Pamplona, 1975)*

**A**lejandro Blasco Miquel es titulado Superior de Música por el Conservatorio Superior «Pablo Sarasate» de Pamplona y licenciado en Historia y Ciencias de la Música por la Universidad de Oviedo.

Ha sido profesor de Música en Educación Secundaria y Bachillerato, y actualmente es Inspector de Educación del Departamento de Educación del

Gobierno de Navarra, habiendo desempeñado también la Jefatura del Negociado de Enseñanzas Musicales del Departamento de Educación del Gobierno de Navarra.

Fue semifinalista del Premio Mario Lacruz 2005 con su primera novela, *Resucitando sombras*, y acaba de publicar su segunda novela, *A ras de suelo* (Editorial Pamiela, 2016).

No siempre resulta fácil hablar de uno mismo y delimitar claramente los caminos que han hecho de nuestras vidas lo que de tan natural asumimos como propias, en esa suerte de inevitabilidad que prácticamente acabamos concediendo a lo que se ha construido tan lenta, tan pacientemente, año tras año, días tras día, segundo tras segundo. Cuesta poner nombre a lo que uno es o a lo que uno ha terminado siendo, destinos no necesariamente coincidentes, en la medida de que uno es, en esencia y verdaderamente, lo que su cabeza le dicta y su corazón le espolea.

Mi cabeza, de la mano de mi corazón, y casi al galope, siempre ha tendido a aproximarme a la literatura, antes de ni tan siquiera tener capacidad para discernir qué era exactamente eso de la literatura. Ya desde niño me movía entre centenares de libros de la biblioteca familiar y escolar. Los conocí primero a través del tacto de sus lomos y del apaciguador olor de unas páginas que albergaban mundos que en ningún momento pude llegar a sospechar tan infinitos. Y entiendo que fue precisamente esa infinitud sospechada -y más tarde constatada- la que en un primer momento me llevó a amar la literatura con todo el ardor de mis primeros años de adolescencia.

Antes de querer nombrar el mundo por mí mismo, fui primero el lector voraz, anárquico y enfebrecido que no hacía sino buscar espejos en los que poder reflejarse, comprenderse y reafirmarse, fiebre que, lejos de mitigarse, siempre me ha acompañado. Todavía hoy me sorprende buscando la palabra perfecta sobre el reluciente columpio del lenguaje en el que poder balancear ese algo tan inconcreto que uno sigue buscando, muy probablemente a sí mismo.

Después fui yo el que quiso edificar espejos y metáforas. Con dieciséis años se produjo mi primera aproximación literaria como escritor. Todavía puedo recordar con total nitidez ese primer poema escrito tan torpemente para aquella chica pecosa y pelirroja de la que aún conservo el recuerdo de un primer beso y la proximidad de su cuerpo en aquel baile, dando sentido a la idea de que quizás las vocaciones se construyan desde lo más remoto.

Han pasado muchos años desde entonces y han sido innumerables los barrancos del tiempo en los que, de una u otra manera, he acabado despeñándome a fuerza de tanto buscar el adjetivo exacto y el más veraz de los

espejos en el que poder verme mejor, intuirme mejor. Todavía hoy sigo pretendiendo escribir a través de lo que contemplo en un deslumbramiento que nunca acaba, casi al dictado del mundo, con la misma honestidad con la que un día fui capaz de robar un primer beso a través del que todo dio comienzo.



70

**Boal Gómez,  
José Miguel**

*(Alsasua, 1954)*

**M**e llamo José Miguel Boal Gómez y nací en Alsasua en la primavera de 1954. En 1967, con trece años, me trasladé con mi familia a Vitoria, donde continuo viviendo y donde trabajo como técnico de medio ambiente en el Departamento de Medio Ambiente del Gobierno Vasco. Estoy casado, soy padre de dos hijos y, hace casi dos años y lleno de orgullo, estrené mi estatus de abuelo.

De formación autodidacta. No soy un devorador de libros -desde hace unos años leo ocho o diez libros al año-, aunque recuerdo el primer libro que leí *Las aventuras de Pinocho*, que me regaló mi madrina el día de mi primera comunión. En mi adolescencia leí gran parte de la obra de Dostoyevski, la obra poética de Lord Byron y casi todo lo que caía en mis manos (también novelas del oeste). Mi afición literaria comenzó en mi adolescencia, donde comencé a escribir poemas. Después alterné la poesía con los relatos y los cuentos infantiles, y basado en uno de esos cuentos escribí una breve obra de teatro para niños.

Me han publicado poemas y algunos relatos en revistas literarias, hasta que en septiembre de 2015 me publicaron mi primera novela: *En los pliegues del*